

237.—*El viajero de la montaña se habla á sí mismo.*

Hay indicios ciertos en los que reconoces que has andado camino y que has subido más arriba; el espacio es ahora más libre alrededor de ti, y tu vista abarca un horizonte más vasto que el que veías antes; el aire es más puro, pero también más dulce (porque no tienes la insensatez de confundir la dulzura y el calor); tu marcha es más presurosa y más firme; el valor y la circunspección se han unido; por todas estas razones tu camino tal vez será ahora más solitario, y seguramente más peligroso de lo que ha sido hasta ahora; pero no será tanto como imaginan los que te han visto subir, ¡oh viajero!, desde el valle brumoso hasta la montaña.

238.—*Excepto el prójimo.*

Es evidente que sólo en mi propio cuello no se tiene bien mi cabeza, porque me doy cuenta de que todos los demás saben mejor que yo lo que debo hacer y lo que no debo hacer: ¡pobre hombre, no sé darme consejos á mí mismo! ¿No somos todos semejantes á estatuas á las cuales se les han puesto cabezas que no les pertenecían? ¿No es eso, querido prójimo? Pero no; tú sólo haces excepción.

239.—*Precaución.*

No hay que frecuentar á esos hombres que no tienen respeto hacia lo que os es personal, ó bien ponerles despiadadamente los grilletes de la conveniencia.

240.—*Querer parecer vanidoso.*

No querer expresar más que pensamientos escogidos; no hablar, en la conversación, con desconocidos

ó con amigos superficiales, es prueba de que no se es altivo, ó, al menos, de que no se quisiera aparentar que se es. La vanidad es el disfraz de cortesía de la altivez.

241.—*La buena amistad.*

La amistad nace cuando se tiene á otro en gran estima, mayor que la estima que se tiene de sí; cuando además se le ama, pero menos que á sí mismo; y cuando, por último, para facilitar las relaciones se trata de agregarles un *tinte* de intimidad, precaviéndose con cordura de la intimidad verdadera y de la confusión del yo y del tú.

242.—*Los amigos como fantasmas.*

Cuando nos transformamos radicalmente, nuestros amigos, los que no se transformaron, conviértense en los fantasmas de nuestro propio pasado; su voz resuena en nosotros como si viniese de la región de las sombras; como si nos oyésemos á nosotros mismos, más jóvenes, más duros y menos experimentados.

243.—*Un ojo y dos miradas.*

Las mismas personas que poseen por su naturaleza esa mirada que atrae el favor y la protección, poseen también, generalmente, á consecuencia de sus humillaciones frecuentes y de sus sentimientos de odio, una mirada desvergonzada.

244.—*La lejanía azul.*

Ser niño toda la vida: ¡qué conmovedor parece esto! Pero no es más que un juicio á distancia, visto más de cerca, y vivido es siempre: ser pueril toda su vida.

245.—*Ventaja y desventaja en la misma equivocación.*

La dificultad muda de un espíritu distinguido se interpreta, generalmente, por parte de los espíritus vulgares, como muestra de superioridad que se calla, sentimiento que se teme mucho; siendo así que, si se comprendiese que había alguna dificultad, se sentiría compasión.

246.—*El sabio que se hace pasar por loco.*

La filantropía del sabio le induce algunas veces á parecer conmovido, molestado, regocijado, para no asombrar á sus prójimos con la frialdad y la circunspección de su verdadera naturaleza.

247.—*Atención forzada.*

En cuanto observamos que, en sus conversaciones con nosotros, alguien se ve obligado á *forzarse* para prestarnos atención, tenemos una prueba cierta de que no nos amó ó de que no nos ama ya.

248.—*El camino que conduce á una virtud cristiana.*

Aprender algo de sus enemigos es el mejor modo de llegar á amarlos; porque eso nos predispone á la gratitud hacia ellos.

249.—*Ardid de guerra del importuno.*

El importuno nos devuelve en una pieza de oro la moneda de nuestra pieza convencional. Con eso quiere forzarnos á excusar nuestras formas convencionales, como un error, y á tratarlo como excepción.

250.—*Motivo de la aversión.*

Nos enfadamos contra un artista ó un escritor, no porque nos damos cuenta al fin de que nos ha enga-

ñado, sino porque no ha empleado medios bastante sutiles para burlarse de nosotros.

251.—*Al separarse.*

No es en la manera de aproximarse un alma á otra, sino en la manera de separarse, como reconozco el parentesco y la homogeneidad con esta otra.

252.—*¡Silencio!*

No hay que hablar de sus amigos; de lo contrario, se hace traición por palabras al sentimiento de la amistad.

253.—*Descortesia.*

La descortesía es muchas veces indicio de una modestia torpe, que se asusta cuando se la sorprende, y trata de ocultarlo por medio de la grosería.

254.—*La franqueza que se equivoca.*

Algunas veces, nuestros nuevos conocimientos son los que aprenden primero lo que durante mucho tiempo nos hemos reservado; creemos, injustamente, que esta prueba de confianza que les damos, es el vínculo más fuerte con el cual podamos ligarlos. Pero no les hemos dicho bastante para que experimenten un sentimiento muy vivo del sacrificio que les hacemos con nuestras confidencias, y revelan nuestros secretos á otros sin pensar en la traición, lo que nos hará tal vez perder nuestras convicciones más antiguas.

255.—*En la antecámara del favor.*

Todos los hombres á quienes hemos hecho esperar en la antecámara de nuestro favor, se ponen á fermentar ó se agrian.

256.—*Advertencias á los despreciados.*

Cuando uno se ha rebajado, con toda evidencia, en la estima de los hombres, hay que tener, con acerba firmeza, moderación en las relaciones; de lo contrario, se deja adivinar á los demás que también se ha rebajado uno en su propia estima. El cinismo en sus relaciones deja adivinar que, en la soledad, el hombre se trata á sí mismo como á un perro.

257.—*Ciertas ignorancias ennoblecen.*

Para merecer la consideración de los que pueden tributarla, es á veces ventajoso no comprender ciertas cosas, de manera que se note que no comprendéis. La ignorancia también da privilegios.

258.—*El adversario de la gracia.*

El hombre intolerante y orgulloso no ama la gracia, y ésta le hace el efecto de una censura viva y visible; porque es la tolerancia del corazón en los gestos y en las actitudes.

259.—*Al volverse á ver.*

Cuando dos amigos antiguos se vuelven á ver después de una larga separación, ocurre á menudo que parecen tomar interés en cosas que se les han hecho indiferentes por completo; á veces ambos se dan cuenta de ello, y no osan alzar el velo, á causa de una duda algo triste. Así, algunas conversaciones parecen celebrarse en el reino de los muertos.

260.—*No hay que hacerse amigos sino entre las personas que trabajan.*

El hombre haragán es peligroso para sus amigos; porque, no teniendo nada que hacer, habla de lo que

hacen y no hacen sus amigos, se mete en los asuntos de otros y se hace importuno: por eso hay que tener la precaución de no unirse sino con las personas que trabajan.

261.—*Un arma puede valer el doble de dos armas.*

Hay lucha desigual cuando uno defiende una causa con la cabeza y con el corazón y el otro no la defiende más que con la cabeza: el primero tiene, en cierto modo, contra sí el sol y el viento, y sus dos armas están recíprocamente, pierden su valor á los ojos de la *verdad*. Es cierto que, por el contrario, la victoria del segundo, con su sola arma, rara vez es una victoria á juicio de *todos los demás* espectadores y le hace impopular.

262.—*La profundidad y el agua turbia.*

El público confunde fácilmente al que pesca en agua turbia con el que bebe en las profundidades.

263.—*Demostrar su vanidad entre los amigos y los enemigos.*

Algunos hombres llegan á maltratar á sus amigos por vanidad, cuando hay testigos á quienes quieren demostrar su superioridad. Otros exageran el valor de sus enemigos para dar á entender con orgullo que son dignos de esos enemigos.

264.—*Refrescamiento.*

El corazón enardecido va unido, por lo general, á una enfermedad de la cabeza y del juicio. El que conserva por cierto tiempo la salud del juicio, debe, pues, saber lo que hay que refrescar; ¡sin cuidarse del por-

venir de su corazón!... Porque, por poco que sea capaz de enardecer, se acabará por recobrar el calor y por tener su verano.

265.—*Sentimientos mixtificados.*

Respecto de la ciencia, las mujeres y los artistas egoístas sienten algo que está compuesto de envidia y de sentimentalismo.

266.—*Cuándo es mayor el peligro.*

Rara vez se rompe una pierna mientras uno se educa penosamente en la vida; pero el peligro es mayor cuando se comienza á tomar las cosas por su lado fácil y á escoger los caminos agradables.

267.—*No muy pronto.*

Hay que tener cuidado en no espabilarse muy pronto, porque al mismo tiempo se arriesga uno á debilitarse muy pronto.

268.—*El placer que causan los que respingan.*

El buen educador conoce casos en que puede enorgullecerse ver á sus discípulos *resistirle* para permanecer fieles á sí mismos: cuando el joven no debe comprender al hombre ó cuando se perjudicaría á sí mismo si lo comprendiese.

269.—*Tentativa de la honradez.*

Los jóvenes que quieren hacerse más honrados de lo que son, escogen por víctima á alguien notoriamente honrado, á quien comienzan por atacar tratando á fuerza de injurias de elevarse á la altura de éste, con el pensamiento preconcebido de que esta primera ten-

tativa no tendría peligro; porque su víctima no castigará seguramente su desvergüenza.

270.—*El eterno niño.*

Creemos que los cuentos y los juegos pertenecen á la infancia. ¡Qué vista tan corta tenemos!... ¿Cómo podríamos vivir, en cualquier edad de la vida, sin cuentos y sin juegos? Es cierto que damos otros nombres á todo eso y que lo consideramos de otro modo, pero eso es precisamente una prueba de que es la misma cosa: porque el niño también considera su juego como un trabajo y el cuento como la verdad. La brevedad de la vida debiera guardarnos de la separación pedante de las edades (como si cada edad aportase algo nuevo) y sería cuestión de un poeta revelarnos una vez al hombre que, á los doscientos años de edad, viviera sin cuentos y sin juegos.

271.—*Toda filosofía es la filosofía de una época particular.*

La edad de la vida en que un filósofo ha encontrado su doctrina se reconoce en su obra. No puede impedir eso, aunque se imagine cernerse por encima del tiempo y de la hora. Así, la filosofía de Schopenhauer queda como la imagen de la *juventud* ardiente y melancólica, no es una concepción para hombres de más edad; así, la filosofía de Platón recuerda los treinta años, época en que una corriente fría y una corriente cálida chocan con impetuosidad, levantando polvo y nubes, pero haciendo surgir en circunstancias favorables, cuando da el sol, un arco iris encantador.

272.—*Del espíritu de las mujeres.*

La fuerza intelectual de una mujer parece demostrada cuando, por amor á un hombre y á su espíritu, sacrifica su espíritu propio, y cuando, en este nuevo dominio, primitivamente extraño á su naturaleza, donde la impulsa la tendencia de espíritu de su marido, le nace *inmediatamente un segundo espíritu.*

273.—*Elevación y rebajamiento en el dominio sexual.*

La tempestad del deseo eleva algunas veces al hombre á una altura en que todo deseo enmudece: es cuando *ama* verdaderamente y cuando vive más bien de una existencia mejor que de una voluntad mejor. Y, por otra parte, una mujer buena se rebaja algunas veces hasta el deseo por amor verdadero, y llega hasta á *rebajarse* ante sí misma. Este último caso forma parte de las cosas más conmovedoras que la idea de un buen matrimonio puede traer consigo.

274.—*La mujer cumple, el hombre promete.*

Por la mujer, la naturaleza revela lo que ha llegado á cumplir hasta ahora en su trabajo con la estatua humana; por el hombre, revela lo que tenía que dominar en ese trabajo, pero también lo que *se propone* hacer todavía con el ser humano. La mujer perfecta de todos los tiempos representa la ociosidad del Hacedor en el séptimo día de la creación, el reposo del artista en su obra.

275.—*Transplantación.*

Cuando uno ha empleado su espíritu en vencer lo que las pasiones tienen de desmesurado, se llega algu-

nas veces á un resultado molesto: se transporta al espíritu la falta de moderación, y se exaltan el pensamiento y el conocimiento.

276.—*Risa reveladora.*

Cuándo y cómo una mujer ríe, es el indicio de su educación; pero su naturaleza se revela en el timbre de su risa; en las mujeres muy cultas se ve acaso en eso el último vestigio inextricable de su naturaleza. Por eso el que estudia á los hombres dirá como Horacio, pero por una razón diferente: *ridete, puellae.*

277.—*Del alma del joven.*

Los jóvenes cambian en sus relaciones con una sola é idéntica persona, y van de la abnegación á la desvergüenza: porque en los demás no estiman ni desprecian en el fondo más que á sí mismos, y, respecto de sí mismos, oscilan de un sentimiento á otro, hasta que la experiencia les haya hecho encontrar el justo medio en su querer y en su poder.

278.—*Para hacer el mundo mejor.*

Si se prohibiese la reproducción á los descontentos, á los biliosos y á los espíritus melancólicos, veríamos transformarse el mundo, como por arte mágica, en un jardín de felicidad. Este axioma forma parte de una filosofía práctica para el sexo femenino.

279.—*No desconfiar de los sentimientos.*

El precepto, muy femenino, de que no hay que desconfiar de sus sentimientos, no significa otra cosa que esto: hay que comer lo que gusta. Pero las otras naturalezas debieran vivir según otra regla: «No hay

que comer sólo con la boca, sino también con la cabeza; de lo contrario, la glotonería de tu boca te hará perecer.»

280.—*Cruel invención del amor.*

Todo gran amor hace nacer la idea cruel de destruir el objeto de este amor, para sustraerlo de una vez al juego sacrilego del cambio: porque el amor teme el cambio más que la destrucción.

281.—*Puertas.*

El niño, lo mismo que el hombre, ve en todo lo que le sucede, en todo lo que aprende, puertas; pero para el hombre son puertas de acceso, y para el niño puertas de paso.

282.—*Mujeres compasivas.*

La compasión verbosa de las mujeres pone el lecho del enfermo en la plaza pública.

283.—*Méritos precoces.*

El que, muy joven, adquiere ya méritos y olvida el temor de la vejez y de lo que es antiguo, y se excluye así, con gran desventaja suya, de la sociedad de las personas maduras, que procura la madurez de espíritu; lo que hace que, á pesar de sus méritos, siga siendo siempre, por mucho más tiempo que los demás, malogrado, importuno y pueril.

284.—*Almas hechas de una pieza.*

Las mujeres y los artistas se imaginan que, cuando no se les contradice, no es uno capaz de hacerlo; la admiración en diez puntos diferentes y la censura en

otros diez, les parecen imposibles al mismo tiempo porque su alma está hecha de una sola pieza.

285.—*Talentos jóvenes.*

Por lo que respecta á los talentos jóvenes, hay que proceder rigurosamente con arreglo á la máxima de Goethe, el cual opina que muchas veces no está permitido poner obstáculos al error, para no poner obstáculos á la verdad. Su estado se asemeja al de la preñez, y trae consigo deseos extraños: debieran satisfacerse esos deseos como se pueda y tenerlos en cuenta, á causa del fruto que se espera de ellos. Pero, siendo el enfermero de este enfermo singular, hay que aprender el arte difícil de la humillación de sí mismo.

286.—*Disgusto de la verdad.*

Lo propio de la mujer es sentir disgusto frente á todas las verdades (en lo que atañe al hombre, al amor, al niño, á la sociedad, al fin de la vida), y tratar de vengarse de todos los que le abren los ojos.

287.—*El origen del gran amor.*

¿De dónde pueden nacer las pasiones repentinas de un hombre por una mujer, las pasiones profundas é íntimas? Se deben á la sensibilidad menos que á ninguna otra cosa; pero cuando el hombre encuentra en su ser debilidad á la vez que vacuidad y petulancia, pasa algo en él, como si su alma quisiera desbordarse; se siente al mismo tiempo emocionado y ofendido. De este punto sensible brota el manantial del gran amor.

288.—*Limpieza.*

Hay que desarrollar en los niños el sentido de la limpieza, hasta convertirlo en pasión; ese sentido se

eleva más tarde, por transformaciones siempre nuevas, para igualar á casi todas las virtudes, y acaba por parecer una compensación de toda clase de talentos, como una envoltura luminosa de pureza, de moderación, de dulzura, de energía; creando en él la felicidad y esparciéndola á su alrededor.

289.—*Viejos vanidosos.*

La profundidad pertenece á la juventud, la nitidez de espíritu á la edad avanzada; si, á pesar de eso, los viejos hablan y escriben algunas veces como hombres profundos, obran así por vanidad, creyendo de esta suerte revestir el encanto de la juventud, de la exaltación, de lo que hay en su evolución, aun llena de presentimientos y de esperanzas.

290.—*Utilización de lo nuevo.*

Los hombres utilizarán en lo sucesivo lo que han aprendido y vivido de nuevo, como se sirven de la reja del arado tal vez como de un arma: pero las mujeres se arreglarán inmediatamente con ello un adorno.

291.—*Tener razón ante los dos sexos.*

Si se conviene con una mujer en que tiene razón, ésta no puede menos de poner triunfalmente el talón en la nuca del que lo ha cometido; es preciso que saboree su victoria hasta el fin; mientras que, de hombre á hombre, se averguenza uno generalmente, en un caso así, de tener razón. Es que en el hombre, la victoria es la regla y en la mujer es una excepción.

292.—*Renunciamiento al deseo de ser bella.*

Para que una mujer llegue á ser bella, no debe querer pasar por bonita: es decir, que en noventa y

nueve casos en que pudiera agradar, debe desdefiarse é impedirse de agradar para recoger una sola vez el frenesí de aquel cuya alma es bastante grande para acoger lo que es grande.

293.—*Incomprensible, insoportable.*

Un joven no puede comprender que uno de más edad que él le haya superado por sus frenesís, sus auroras de sentimientos, sus fantasías y sus elevaciones: se ofende ante la sola idea de que todo esto ha podido existir dos veces; pero nunca toma una actitud completamente hostil cual se le dice que no se puede llegar á ser fecundo sino á condición de perder esas flores y de prescindir de sus perfumes.

294.—*El partido que toma la actitud de víctima.*

Todo partido que sabe darse aire de víctima atrae hacia sí á las personas benévolas y adquiere parte de benevolencia, con gran ventaja suya.

295.—*Afirmar vale más que demostrar.*

Una afirmación tiene más peso que un argumento, al menos en la mayoría de los hombres; porque el argumento despierta la desconfianza. Por eso los oradores populares tratan de apoyar los argumentos de sus partidos con afirmaciones.

296.—*Los mejores encubridores.*

Todos los que se han habituado al éxito tienen gran astucia para presentar siempre sus defectos y sus debilidades como fuerza aparente: de donde resulta que conocen éstas muy bien y que saben servirse de ellos.

297.—*De cuando en cuando.*

Se sentó á la puerta de la ciudad y dijo á uno que pasaba, que aquella era la puerta de la ciudad. Este le respondió que, aunque dijese la verdad, no se debía tener razón muy á menudo si se quería recoger agradecimiento. ¡Oh! se puso á decir, yo no quiero gratitud, pero, de cuando en cuando, es muy agradable no sólo tener razón, sino también guardar razón.

298.—*La virtud no ha sido inventada por los alemanes.*

La nobleza y la ausencia de envidia en Goethe, la resignación altiva y solitaria en Beethoven, la suavidad y la gracia de corazón en Mozart, la virilidad y la libertad bajo la ley en Hændel, la vida interior, confiada y transfigurada, que no necesita siquiera renunciar á la gloria y al éxito en Bach, ¿son esas cualidades *alemanas*? Y si no es así, reveladnos al menos á qué deben aspirar los alemanes y lo que deben conseguir.

299.—*Pia fraus ú otra cosa.*

Tal vez me engañaré; pero parece que en la Alemania actual una doble hipocresía ha venido á ser para cada uno el deber del momento: se exige el germanismo en interés de la política del imperio, y el cristianismo por temor social; pero ambos solamente se exigen en las palabras y en las actitudes, y, sobre todo, en la facultad de poder callarse. El *baño* es lo que ahora cuesta tan caro, lo que se paga á tan elevado precio; á causa de los *espectadores* es por lo que la nación hace que su rostro tome pliegues germano-cristianizantes.

300.—*En las cosas buenas la mitad vale más que el todo.*

En todas las cosas que se organizan para la duración, y que exigen siempre el servicio de muchas personas, hay que presentar como regla lo que algunas veces es *menos bueno*, aunque el organizador conozca muy bien lo que es mejor (y más difícil); pero se fundará en el hecho de que jamás las personas que *puedan* corresponder á la regla deberán faltar, y sabe que el término medio de fuerzas representa la regla. Esto es lo que rara vez tiene en cuenta un joven que está seguro de estar en lo cierto cuando se afirma innovador y se asombra de la extraña ceguedad de los demás.

301.—*El hombre de partido.*

El verdadero hombre de partido no aprende nada, no hace más que experimentar y juzgar; mientras que Solón, que nunca fué hombre de partido, sino que persiguió su fin por encima de los partidos y hasta contra ellos, fué el autor (y eso es significativo) de esta simple frase que encubre toda la salud inagotable de Atenas: «Me hago viejo, pero continúo aprendiendo.»

302.—*Lo que es alemán según Goethe.*

Son verdaderamente insoportables y ni siquiera se puede aceptar lo que tienen de bueno los que poseen la *libertad de sentimiento* y no observan que les falta la *independencia del gusto y del espíritu*. Según el juicio meditado de Goethe, eso precisamente es *alemán*. Su palabra y su ejemplo demuestran que el alemán *debe ser* más que un alemán, para ser útil ó por lo



menos soportable á las demás naciones; é indica *en qué dirección* debe aspirar á superarse y á salir de sí mismo.

303.—*Cuándo hay que detenerse.*

Cuando las masas comienzan á combatirse con furia y la razón se oscurece, está bien, en el caso en que no esté uno del todo seguro de la salud de su alma, guarecerse en una puerta cochera y acechar.

304.—*Revolucionarios y propietarios.*

El único remedio contra el socialismo que está en vuestras manos, no es lanzarle provocaciones; es decir, vivir nosotros mismos modesta y soberbiamente, impedir, en cuanto os lo permitan vuestros medios, toda exhibición de opulencia, y ayudar al Estado cuando quiere gravar con pesados tributos todo lo que es de lujo y superfluo. ¿No queréis emplear este medio? Entonces vosotros, ricos burgueses, que os llamáis «liberales», confesaoslo á vosotros mismos; vuestro propio sentimiento es lo que os parece terrible y amenazador, en los socialistas, pero en vuestro propio corazón le concedéis un puesto indispensable, como si no fuese lo mismo. Si no tuvieseis vuestra fortuna y el cuidado de su conservación, ese sentimiento os haría semejantes á los socialistas: sólo la propiedad crea la diferencia entre vosotros y ellos. Primero es necesario venceros á vosotros mismos si queréis triunfar, de cualquier manera que sea, de los adversarios de vuestra comodidad. ¡Si, al menos, esta comodidad correspondiese á un bienestar verdadero! Sería menos exterior y provocaría menos la envidia; tendría más benevolencia, más cuidado de la equidad y sería más

estable. Pero lo que hay de falso y cómico en vuestra alegría de vivir, que proviene más bien de un sentimiento de contraste (con otros que no tienen esta alegría de vivir y que os la envidian) que de cierta plenitud de fuerza y de superioridad,—las exigencias de vuestras habitaciones, vuestros vestidos, vuestros mobiliarios, vuestros almacenes, las necesidades de la boca y de la masa, vuestros entusiasmos ruidosos para el concierto y la ópera, y por último, vuestras mujeres, formadas y moderadas, pero de un vil metal, doradas, pero sin dar el sonido del oro, escogidas por vosotros para exhibirlas, dándose ellas mismas como cosa de exhibición:—esos son los propagadores envenenados de esa enfermedad del pueblo, que, en forma de virus socialista, se propaga ahora entre las masas, con una rapidez siempre mayor, y que ha tenido en vosotros su primer asiento y su primer foco de incubación. Y ¿quién sería capaz de detener esta peste?

305.—*Táctica de los partidos.*

Cuando un partido nota que alguno de sus miembros, después de haber sido un adherente absoluto, se ha convertido en un adherente condicional, tolera tan mal ese cambio, que intenta, por toda clase de humillaciones y de provocaciones, producir su defección completa y hacer de él un adversario: porque sospecha que la intención de ver en su doctrina algo que es de un valor relativo, autorizando el pro y el contra, el examen y la elección, es más peligrosa para él que una oposición radical.

306.—*Para fortificar los partidos.*

El que quiere fortificar los cimientos interiores de un partido, le proporciona la ocasión de hacerse tra-